

# En los pueblos madrileños se han invertido, en los últimos cinco años, cerca de quinientos millones de pesetas



*Nuestro ilustre Presidente, don Mariano Osorio Arevalo, hizo al redactor del «Noticiero Universal», de Barcelona, D. F. A. Sandoz, unas declaraciones sobre la labor provincial en los últimos cinco años. Como estimamos de sumo interés los distintos aspectos que fueron tratados en la misma, tenemos el honor de reproducirlas a continuación.*

**T**AMBIEN Madrid tiene su provincia. La grandeza de la capital nos hace olvidar a veces la existencia de una pujante demarcación provincial madrileña, con hitos tan universales como son Alcalá de Henares y El Escorial.

Para hablar de esta provincia, el Marqués de la Valdavia, Presidente de la Diputación Provincial de Madrid, ha respondido amablemente a nuestras preguntas. He aquí el diálogo sostenido con tan ilustre madrileño:

—¿Qué problemas más importantes tiene planteados la provincia de Madrid?

—Los problemas de la provincia de Madrid son muy semejantes a los de tantas otras regiones españolas que han padecido la consecuencia de tantos años de abandono. Fué preciso que el Movimiento Nacional instaurara en la política española un sentido de estrecha hermandad para que los pueblos, a través de una vida municipal tutelada generosamente por el Estado, iniciaran su tarea de recuperación. La provincia de Madrid, por fortuna, comenzó esta etapa hace tiempo, y, por tanto, muchos de sus problemas están resueltos. He aquí un dato elocuente: todos sus pueblos están dotados de agua y electricidad, cuando tan sólo hace quince años más del 50 por 100 de estos pueblos carecían de tan elementales servicios. Ahora nos preocupa de modo primordial este problema: mejorar las condiciones de vida de nuestros pueblos, revalorizando el campo y las industrias derivadas.

—Ahora que ya puede juzgarse con perspectiva, ¿qué objetivos le parece que ha cubierto el “Día de la Provincia”?

—Creo que ha contribuido, entre otras cosas, a que se conozca mejor España, y esto lo estimo de suma importancia, sobre todo si se tiene en

## Muchos de los problemas de la provincia de Madrid están ya resueltos, dice el marqués de la Valdavia al «Noticiero Universal», de Barcelona

cuenta que para conocer de verdad un país, es necesario conocer y pisar su suelo. El ejemplo de Madrid fué imitado por todas las provincias y se ha logrado indudablemente poner de actualidad todos los valores que guardan nuestras provincias. Respecto a la de Madrid, sé decirle que tal conmemoración ha sido bien útil y que, probablemente en años sucesivos, Dios mediante, pondremos en práctica otros ciclos del “Día de la Provincia” con el fin de ir descubriendo al gran público aspectos de “la patria chica” que aún ignoran.

—¿Qué ventajas o inconvenientes obtienen de la grandiosidad de su capital los pueblos madrileños?

—Es difícil señalarlas dentro de las cortas dimensiones de una respuesta. Prefiero decir que Madrid y su provincia tienen saldada su cuenta. Si Madrid debe a un lugar de la provincia nada menos que su capitalidad, no cabe la menor duda de que también a través de su rango ha logrado ventajas no despreciables.

—¿El madrileño de la capital conoce su provincia?

—Poco a poco la va conociendo. Si miramos hacia atrás comprobaremos que hay una gran diferencia entre los tiempos actuales y los de hace tan sólo diez años. Antes el madrileño se limitaba a recorrer las grandes rutas turísticas. Ahora no ocurre lo mismo. Ello se debe, en parte, es cierto, a la motorización operada en nuestra Patria, y los españoles, con más medios y comodidades, se han decidido a recorrer con aire y ojo de exploradores

ansiosos de conocer y ver zonas a las que antes no iban. En general, poco a poco, como he dicho al principio de esta contestación, se va consiguiendo que España vaya siendo conocida de los propios españoles. En cuanto a la provincia de Madrid, puedo decir que es una venturosa realidad.

—¿Es importante el éxodo de los pueblos madrileños hacia la capital?

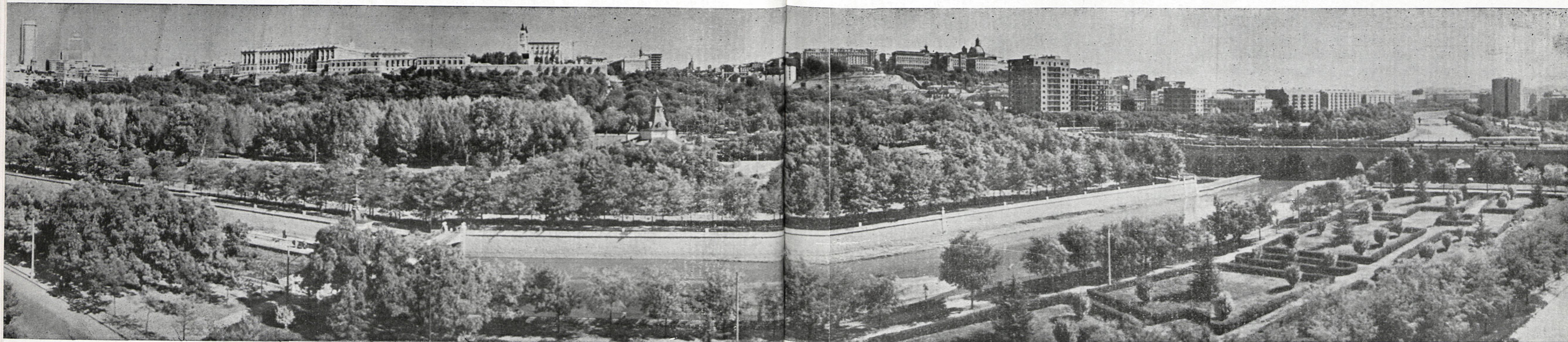
—Es de cierta consideración, ya que Madrid atras enormemente; sin embargo, a pesar de este éxodo, nunca se desvinculan por completo del pueblo natal. A él vuelven periódicamente y en él procuran invertir las ganancias que tienen. En este sentido el éxodo hacia la capital es beneficioso. Los inconvenientes, de todos son conocidos y sobra, por tanto, el decirlos.

—¿Cuáles han sido las aportaciones más importantes de la Diputación a los Municipios de la provincia en estos últimos años?

—Muchas, y como las cifras cantan, centremos mi contestación en estos datos: la Diputación ha invertido en los pueblos de madrileños en los últimos cinco años cerca de 500 millones de pesetas, y una cantidad igual será invertida en obras en el lustro que hemos iniciado en 1960.

He aquí, pues, transcrito textualmente, el pensamiento del Marqués de la Valdavia sobre los problemas de su provincia, que tan bien conoce, y cuya Diputación tan inteligentemente preside. Sus declaraciones rezuman madrileñismo, de la misma manera que su charla es la de un castizo de solera y alcurnia.

# MADRID, MUSEO LITERARIO



Loygorri, Madrid y una  
greguería de Ramón

Loigorri es, tal vez, el fotógrafo  
por antonomasia de Madrid

POR JOSÉ MONTERO ALONSO

Las fotografías de Loygorri podemos calificarlas de excepcionales. Piedras, árboles, luces, gracias e imágenes de Madrid, se nos aparecen en ellas como en una gran fiesta para los ojos. Algunos de esos lugares que Loygorri ha reproducido son, posiblemente, los mismos lugares por donde hemos pasado una y otra vez, con ojos indiferentes, distraído el ánimo, lejos la atención de aquello que estaba ante nosotros mismos. Ese edificio es el que todos los días contemplamos. Ese rincón nos ha consumido horas de espera. Todo, de seguro, pasó ya ante nuestra retina. Y, sin embargo, es ahora cuando se nos aparece con una gracia nueva, con un encanto y una emoción inéditos.

El creador de todo este gráfico mundo, de este Madrid en imágenes maravillosas, ha saltado gallardamente el tajo hondo que hay entre fotografía

y arte. Ha reproducido, y, sobre esta reproducción, ha creado. Ha transformado la estricta fidelidad a lo que estaba ya hecho en obra personal y propia. Ha dado al documental, que es todo fotografía, un valor de poema. Si un día se hiciese un museo de la fotografía, en él habrían de estar, con importancia antológica, estas obras de Loygorri, esta galería de luces, sonrisas y expresiones nuevas que él ha sabido arrancar a la tierra y las piedras de Madrid.

Al hablar hoy de este bello mundo fotográfico, al tratar de poner un acompañamiento de palabras a esta serie de grabados que publica "CISNEROS", yo os confieso que he vacilado mucho, que he sentido tremendamente la dificultad de escribir o de hablar sobre Madrid. Mientras daba vueltas al tema posible, me acordé de una greguería de Ramón Gómez

de la Serna, que al otro lado del mar sueña con Madrid y escribe sobre Madrid, como si fuera sangre de su propio corazón de madrileño ausente, esa tinta roja de su letra sobre el papel amarillo de sus cartas. «El pez más difícil de pescar es el jabón dentro del agua», dijo Ramón. Y algo de jabón que siempre se nos escapa, de pez al que no hay modo de apresar definitivamente, es Madrid: cambiante e inagotable como la luz, risueño, múltiple, pasional, gracioso, sereno, desprendido, abierto, rumboso, noble, ligero, profundo, multicolor, en fin.

A veces, nuestra pobre petulancia de hombres de pluma, curvados años y años sobre la historia, la tradición y la fisonomía de Madrid nos hace creer, ingenuamente, que le hemos apesado, que sabemos ya cómo es, que podríamos definirle. Y entonces Madrid, como el jabón de la greguería, como el pez que se nos escapa cuando lo creíamos ya nuestro, se nos esquivo, huye, se aleja, y desde la última revuelta del agua nos hace un mohín burlón, riéndose de nuestra vanidad de conquistadores que creíamos ya haberlo conseguido todo.

Tratar de hablar o de escribir sobre Madrid es, evidentemente, muy fácil; pero es, al mismo tiempo, muy difícil. Fácil porque es un tema que está muy dentro de nosotros, que es en realidad nuestra vida misma. Difícil, como es difícil siempre hablar de lo que está muy hondo: de una madre, por ejemplo. Querer hablar o escribir de Madrid viene a ser como quererlo hacer del amor o de la primavera. Cayó sobre estos temas tanta lluvia de palabras, que insistir en ello está mucho más cerca del riesgo que del éxito.

### Las casas de los escritores

El tema, el posible tema, me surgió de una visita a esta gran parada de las piedras de Madrid, a esta serie de imágenes animadas por el arte de Loygorri. ¿Qué hay tras de esas piedras que son la fisonomía exterior de la ciudad? ¿Qué se esconde tras de esos muros, tras de esas filas de casas, al otro lado de esas ventanas y esos balcones? «El Diablo Cojuelo» destapó los techos de las casas de Sevilla y vió, en éstas, pasiones, sueños, picardías, pesadumbres y gozos. Tras pasad los muros de las calles madrileñas y encontraréis la trama eterna de la vida: la palabra de amor, el rezo, el trabajo, la lámpara del enfermo, el sueño del niño, la esperanza, la muerte. La vida de todos y la vida de siempre. Yo he querido que me acompañáseis idealmente, en una visita rápida, un poco a saltos, a algunas de esas casas: a las que, en cierto sentido, convierten a nuestra ciudad en un museo literario. Sobre ello apenas se ha hablado, apenas se ha escrito. Referencias sueltas, incompletas casi siempre. Excepcionalmente se menciona alguna de esas casas en las guías de Madrid (y no en todas, ni muchísimo menos). No figuran en los itinerarios turísticos al uso. Y, sin embargo, hay una fina emoción evocadora, un sutil y emotivo encanto en las estancias

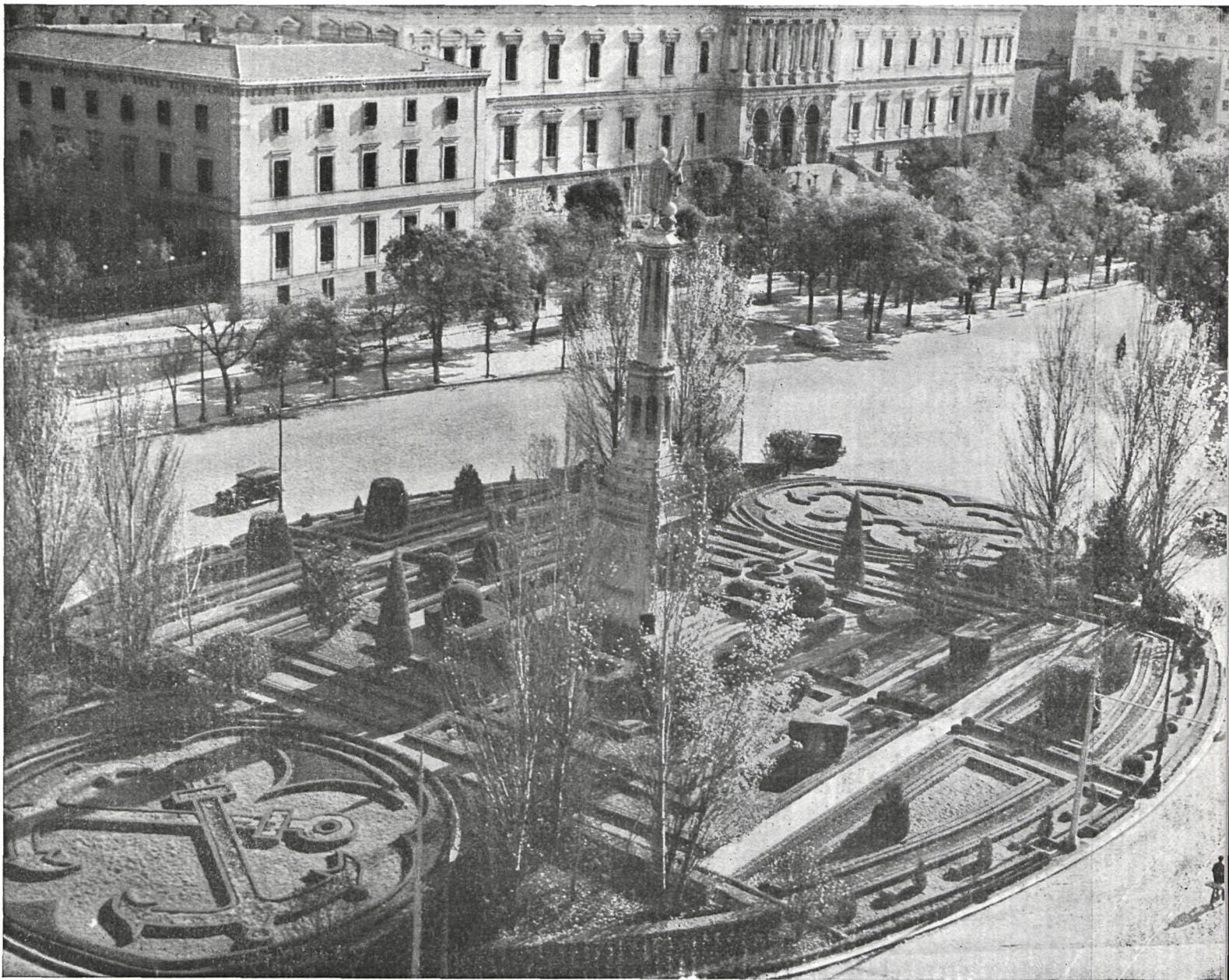
en que un día vivieron, amaron y murieron nuestros escritores.

No hace falta recurrir en este sentido a los grandes ejemplos que desde fuera nos llegan: el culto a la casa de Shakespeare en Inglaterra o a la de Goethe en Alemania. Hace poco vi yo en París el amor y el respeto con que se cuida la casa, cerca del Sena, en que Honorato de Balzac escribía y se defendía de sus acreedores. Nosotros hemos sido y somos en esto mucho más descuidados. Sin perjuicio de que, andando el tiempo, y cuando ya nada tiene remedio, empleemos días y esfuerzo en dar con la vivienda que tuvo este o aquel escritor, en reparar con una atención retrasada la indiferencia de una época. Como en la frase de Lamartine: «Olvidarse de los muertos es olvidarse de sí mismo». No podemos los hombres prescindir de nuestro pasado, en el que tantas veces está la raíz de nuestro presente: de nuestro quebranto o nuestra alegría actuales. Ni pueden tampoco prescindir de su ayer los pueblos. Por eso, cuando no lo tienen, tratan de crearlo. Y el hombre que, egoístamente, falto de un sentido humano completo, quiere vivir sólo su presente, olvida que no hace sino preparar el pasado de mañana.

### La sombra de «Figaro»

Madrid tiene en sus calles, tras los muros de sus edificios, muchas huellas de su ayer. Apenas, en realidad, hay barrio en que no podamos encontrarlas, más o menos vivas. El Madrid romántico de hace cien años, de hace ciento veinte, nos ofrece aún muchos de sus escenarios de entonces. Entrad, por ejemplo, en esa zona, silenciosa, que se extiende entre la calle Mayor y la del Arenal, entre el callejón de Eslava y Bailén. Es el barrio de Palacio, del Teatro Real, de los Alabarderos. Músicos y coristas de la Opera cercana, figones a los que iba gente que un día sería popular, el café Español — hasta hace muy pocos años —, con música de un pianista ciego, con la tertulia del maestro Villa en un rincón, con la palabra lenta y sentenciosa de Antonio Machado en otro. Y en la esquina de una de esas calles, la casa en que «Fígaro» se mató un día. De sobra sabéis la estampa: el último diálogo — en aquella misma casa — con Dolores Armijo, las alegrías callejeras del Carnaval, el atardecer de invierno y, de pronto, el pistoletazo que estremece el crepúsculo, y una voz de niña, que dice al criado: «Papá se ha caído debajo de la mesa».

El escenario del drama — todo el romanticismo español está en esa hora de un día de febrero — lo tenemos junto a nosotros. Sí, ya sé que una placa lo recuerda, que todos, al pasar, podemos saber que aquello ocurrió allí, en el viejo barrio de Palacio. Mas por la calle se va de prisa, y una placa, en realidad, dice poco. Tendría, en cambio, una patética fuerza contemplar la casa con su fisonomía de entonces: el mueble en que estuvo sentada Lolita Armijo, el espejo que por última vez recogió la expresión de Larra, cuando ya ella se había marchado; los



Monumento a Cristóbal Colón.  
Al lado, la Biblioteca Nacional.

cortinajes que dieron eco a las palabras de aquel diálogo final, ya ante la muerte.

Se conserva el inventario de lo que en la casa había. No sería difícil la reconstrucción de cómo era la vivienda en aquella primera parte del siglo. El barrio guarda aún silencios de otro tiempo, rincones de remanso. En sus calles y recodos — Santa Clara, Amnistía, Santiago, Bonetillo... — los pasos tienen todavía sonoridades hondas. Todo ello ayuda a que la casa en que trabajó y murió «Fígaro» pudiera cobrar vida auténtica, y tener, otra vez, el alma que lógicamente hoy no puede albergar, por exigencia natural del tiempo.

Otros escritores románticos pueden también ser evocados en Madrid, entre los mismos muros en que un día vivieron. De Zorrilla, por ejemplo, se conserva la casa que habitó, durante la parte postrera de su vida, en la calle de Santa Teresa. Allí murió, hace sesenta años, y toda una época, todo lo que en Madrid significaba algo — política, social, artística o literariamente — se reunió ante el edificio en que

vibraron las palabras finales del autor de «Don Juan Tenorio».

### Hogar y drama de Lope

En esta general indiferencia madrileña hacia las casas de sus escritores, en este olvido y este dejarse perder los escenarios de tanta noble creación, hay una nota aparte, una excepción: la de la vivienda de Lope. Está en ese otro barrio madrileño, silencioso también, remansado a la derecha de la calle del Prado y a la izquierda de la de Atocha. La casa ha sido restaurada cuidadosamente, y la Academia Española vela por su conservación. Allí creó Lope. Vivió allí profundas ternuras paternas, que sosegaban sus tormentas de hombre. Rezó allí, y ante el crucifijo las lágrimas dijeron a Dios la hondura de aquel combate entre la carne y el alma, entre la humana y embravecida pasión y el anhelo de Divinidad.



Uno de los modernos edificios de la Plaza de España.

*«Cuando en mis manos, Rey eterno, os miro,  
y la cándida víctima levanto,  
de mi atrevida indignidad me espanto,  
y la piedad de vuestro pecho admiro.*

*Tal vez el alma con temor retiro,  
tal vez la doy al amoroso llanto;  
que, arrepentido de ofenderos tanto,  
con ansias temo y con dolor suspiro.*

*Volver los ojos a mirarme humanos,  
que por las sendas de mi error siniestras  
me despeñaron pensamientos vanos.*

*No sean tantas las desdichas nuestras,  
que a quien os tuvo en sus indignas manos,  
vos le dejéis de las divinas vuestras».*

Por la puerta de esta casa —calle de Cervantes hoy, ayer de Francos— salió un día la hija del escritor, camino de unos brazos de hombre. Sería la tragedia de Lope, la tremenda venganza de su destino de Don Juan, cobrada en la carne de su propia hija. Por aquella misma puerta saldría después, hacia la eternidad, el cadáver del comediógrafo, un día que

señaló en la vida de Madrid uno de los duelos más grandes y unánimes.

Es bella la casa. Tiene emoción y sabor. Casi nadie, sin embargo, se acerca a ella. Nuestras agencias de viajes no la incluyen en sus itinerarios, en los que no faltan, sin embargo, los lugares en que pudo estar Luis Candelas. Sí, sabido es que los turistas —los de aquí y los de todas partes— prefieren los sitios amables, en que se bebe o se oye música. Mas cuando no existe, muchas por falta de conocimiento —es decir, sin culpa—, un movimiento de curiosidad espontánea, hay que crearlo, hay que estimularlo y fomentarlo. Algo de esto podría hacerse con la casa de Lope de Vega, convirtiéndola —como es, por ejemplo, la del Greco en Toledo— en un foco vivo de atracción y contemplación, en un centro de miradas hacia un pasado bello y apasionante.

### Calle de Atocha...

Cerca de esta calle tranquila está, más alegre y amplia, más ruidosa y caudalosa, otra en la que también podemos encontrar algunas nobles huellas literarias: la de Atocha. Es muy madrileña, y se juntan en ella acentos diferentes, tonos y matices muy curiosos. Desde su nacimiento, cerca de la plaza Mayor, hasta su muerte, en la glorietta de Carlos V, la larga calle va ofreciendo estampas y sugerencias de extraordinaria fuerza pintoresca o sentimental, histórica o literaria. La cárcel de Estado, la Iglesia de San Sebastián, la Facultad de Medicina. El capitán Cadalso, obstinándose en desenterrar el cadáver de la actriz María Ignacia Ibáñez, llevado a ello por una pasión más allá de lo humano, y don Santiago Ramón y Cajal, dibujando el prodigio del sistema nervioso en el encerado de un aula grande y oscura.

Me gustaría escribir un día la historia de esta calle madrileñísima de Atocha: trazar sus varias fisonomías, evocar sus recuerdos, buscar —entre las piedras, tras de las casas— su espíritu. En ella está, casi en una rinconada, una vivienda que un día contemplarán todos con veneración: la de don Jacinto Benavente. Siempre vivió don Jacinto en esta zona de Madrid. Sus años primeros, en la casa paterna, en la calle del León. Después, en otro número de esta misma calle de Atocha. Más tarde, aquí, en la casa que tiene hoy el número 26, casi frente a la Iglesia de San Sebastián. Es un piso colmado de libros. Sobre las mesas o en las paredes, recuerdos y laureles de una labor gloriosa.

Avanzad conmigo en este literario andar, calle de Atocha abajo. Estuvo aquí la imprenta de Juan de la Cuesta, de donde un día salió el «Quijote». Calles, a la derecha, que bajan buscando las Rondas. La Facultad de Medicina. Y a la derecha también, en el número 92, la casa en que vivió otro español eminente: don Pedro Antonio de Alarcón.

### Aquí trabajó el autor de «El escándalo»

Yo visité un día esa casa. Al morir el escritor, sus familiares no quisieron deshacerla. Y conser-

varon amorosamente el despacho en que el autor de «El escándalo» y de «El sombrero de tres picos» trabajaba. Quedó la estancia tal como por última vez la vieron los ojos del novelista. Ni se quitó ni se añadió nada. Muebles, retratos, libros y papeles eran los mismos que en vida veía don Pedro Antonio, diariamente, en su despacho. El pulso del tiempo parecía haberse detenido allí, guardado misteriosamente en las viejas sillas, en los cuadros antiguos, en los libros que fueron lectura del escritor. Entrar en la estancia era retroceder en el tiempo, era vivir una estampa del Madrid alfonsino, del Madrid de la Restauración. Los ritmos de la calle —vieja rúa de San Ildefonso, a espaldas de la calle de Atocha— llegaban amortiguados, alejando toda vibración actual, para hacer más pura y más exacta la sensación de que el tiempo no había pasado, de que las horas se habían detenido en aquel instante en que el escritor salió de su despacho para no volver más.

La habitación era amplia, de forma rectangular. En una de sus paredes largas abrían dos balcones sobre un jardín descuidado y pobre, en aquella calle de San Ildefonso. Entre los dos balcones, un diván, y más arriba de éste, en el muro, una panoplia con el ros, la bolsa de campaña y las armas que llevó Alarcón a la guerra de Africa, durante aquellos días reflejados luego en su popularísimo «Diario de un testigo». A lo largo de la pared situada frente a esa de los balcones, había ocho estantes repletos de libros, ordenados por el propio novelista. En las otras dos paredes más pequeñas, en el centro, mantas de la Alpujarra, a modo de cortina, y a cada lado un armario con libros. Centrando la estancia, otra mesa, con más libros, con álbumes. Un enorme brasero dorado, dos sillones (en uno de ellos, que se veía más usado, descansaba el escritor cuando ya la hemiplejía había clavado en él su garra) y seis sillas de ante marrón.

Junto a una de las dos mantas alpujarreñas que colgaban de la pared estaban la silla y la mesa en que trabajaba don Pedro Antonio de Alarcón. La mesa era grande. Tenía un pupitre, sobre el que estaba aún el secante que utilizaba para sus cuartillas y sus cartas el autor de «El niño de la bola». Todos los objetos de la mesa eran los que él mismo manejó en vida: un tintero, unos cacharros de cerámica, pluma, unas tijeras, un pesacartas, una manecilla para sujetar papeles. Se veía un trozo de la granada que le hirió en la campaña de Africa.

Había un aparato de luz —la luz de finales de siglo, naturalmente— y, sobre él, dos velas. Fué la última luz que alumbró los ojos de Alarcón en esta mesa de trabajo. Al apagarse las velas, el tiempo no las deshizo. Las endureció, las petrificó, y así seguían después de muchos años, endurecidos también sus finos cabos oscuros, que parecían de tan fuertes y agudos clavos.

También sobre la mesa, una piedra de las ruinas de Itálica. Y algunos libros menudos: eran las listas y los reglamentos de algunas academias. Y un cua-